

GARNATA

MARIO VILLÉN

# GARNATA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: abril de 2025

© Mario Villén Lucena, 2025  
© de la presente edición: Edhasa, 2025  
Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6451-4

Impreso en Huertas Industrias Gráficas

Depósito legal: B 6187-2025

Impreso en España

*Para mi madre, el alma más pura  
que jamás he conocido.  
Con su amor y su ejemplo, siempre ha sido  
la estrella polar de mi firmamento...*

*Para Eva y Darío, porque ellos,  
sencillamente, son mi mundo.*

**LIBRO I**  
**DOS EMIRES Y UN TRONO**

*Camino de Vera, junio de 1488*

A la escasa sombra de un granado, sentado sobre una manta, el Zagal aguardaba a que la liebre terminara de asarse. La habían cazado para él en una estribación de la sierra de los Filabres. Un gomérez de su guardia la cocinaba a fuego lento, ensartada en un espetón.

–Ya están cerca. Aviva.

El bereber añadió hojas y ramas a la lumbre, que enseguida doró la piel del animal. El Zagal se recostó y bebió un trago de vino de su pellejo. Se había adelantado al grueso de la tropa para ganar tiempo y poder almorzar.

–¡Dos jinetes! –gritó uno de los guardias–. Parecen de los nuestros –añadió. Había podido distinguir el blanco de sus turbantes.

El Zagal se puso en pie y sus guerreros lo rodearon. Los jinetes se acercaron y frenaron sus monturas hasta detenerse a varios pasos del grupo.

–¿Sois hombres de mawlana? –preguntó uno de ellos con la voz entrecortada por la prisa.

–Sí. Nuestro señor nos acompaña –respondió el capitán de la guardia.

–Traemos noticias urgentes. Venimos de Vera. Llévanos ante él.

Tras un instante de duda, el Zagal irrumpió entre sus hombres. Con gesto distraído, apoyó la mano izquierda en el pomo de su espada jineta. Vestía zaragüelles remetidos en sus altas botas de cuero. Sobre una fina túnica bermeja, llevaba una brigantina forrada con terciopelo y remachada en plata. Los jinetes desmontaron, agacharon la cabeza y se llevaron la mano derecha al pecho.

–Mawlana, el Altísimo te proteja de todo mal. Tu fiel servidor nos envía para darte un aviso. –Mostraron sus credenciales, selladas por el alcaide–. Vera ya está cercada por los rumíes. Saben que vienes en su socorro y están preparando una emboscada.

El Zagal apretó la boca y frunció el ceño.

–¿Cuántos son?

–Suficientes, mi señor. Miles. Y pronto llegará su rey con muchos más –contestó el otro emisario, con mirada sombría.

El emir guardó silencio. Meditó sobre sus opciones y finalmente dio una orden a sus gomérez.

–Mi ropa negra –dijo sin más.

Allí mismo, apoyado en el granado, el emir se despojó de sus vestiduras bermejas y se puso la larga túnica zaína que los emires de Granada debían vestir cuando no iban a la guerra. Luego caminó hasta su caballo.

–La liebre, mawlana... –sugirió el gomérez que la asaba.

El Zagal no pudo contenerse. Con paso airado, se acercó a la lumbre y, de una patada, mandó el espetón al suelo.

–¡Métetela por el culo! –estalló.

Montó su caballo y comenzó a cabalgar hacia el grueso de la tropa para regresar con ella a Guadix. Los guardias gomérez se apresuraron a seguir a su emir.

El capitán de la guardia puso su montura junto a la de su señor, pero no pronunció palabra alguna. Conocía bien su carácter.

–Nos van a dar un buen bocado –dijo el emir con furia–. No se detendrán hasta engullirnos.

–Señor, te serví en la Axarquía cuando desbarataste a los rumíes. También en la batalla de Moclín. –El oficial le hablaba con franqueza–. Sé de lo que eres capaz. Te serviré cuando los aplastes de nuevo, con la ayuda del Altísimo.

El Zagal no respondió, pero sus ojos brillaron con el recuerdo de aquellas victorias. Espoleó a su caballo y dejó atrás al capitán para seguir cabalgando hacia Guadix.

–En otra ocasión, quiera Alá que sea pronto... –pronunció mientras dos lágrimas de ira resbalaban por sus mejillas.

*Granada, junio de 1488*

–¡Mi huerta se llena de agua! –gritó Kasim desde la compuerta mientras esperaba a que los surcos se anegaran. Tenía los brazos apoyados en el mango de su azada y se quitaba el barro de las alpargatas en el murete de la acequia.

–¡Y crecen mis hortalizas! –Otro campesino, desde la huerta colindante, recogió el envite y continuó el poema.

–¡Y con un poco de vino, así se me pone el pepino! –soltó un tercero, alzando bien la voz y tirando de la entrepierna de sus zaragüelles.

Las huertas de la Alberzana se inundaron de carcajadas.

–No tienes remedio, Omar –le dijo una mujer que araba junto a su marido.

Kasim negó con la cabeza sin poder parar de reír. Cerró la compuerta y dejó que otros usaran el agua de la acequia de Aynadamar. Ajustó bien las alforjas de esparto al lomo de la mula y tiró de las riendas para regresar al barrio. Omar le hizo señas para que lo esperara y enseguida se unió a él con un canasto de mimbre en los brazos.

–Tenía que haber traído mi mula –le dijo Omar a su amigo–. No esperaba que hubiera tantas en tan poco tiempo. Y me decías que era pronto para sembrar... ¡Mira! –Mostró orgulloso el canasto repleto de berenjenas.

–Con eso y con tu pepino te vas a hacer rico. –Kasim rio.

–Si un día no me ves reír, mátame, porque estaré seco por dentro. –Omar mostró una resplandeciente sonrisa y se echó el canasto al hombro. Caminaron juntos por uno de los estrechos caminos que partían los sembrados–. ¿Se lo llevamos al Motrileño?

Kasim asintió. El Motrileño era dueño de un puesto en el mercado de la puerta del Ensanche, la principal que daba acceso a la alcazaba Cadima desde el Albaicín.

–Este mes no tendremos problemas para pagar la renta –comentó Kasim. Los precios de las hortalizas habían subido por la escasez.

La Alberzana era propiedad del emir. Algunas parcelas las había donado como habices para el mantenimiento de la Madraza, pero la mayoría las arrendaba para aumentar su tesoro privado.

–Es bueno para nosotros, pero una mala señal para todos –respondió Omar–. Cada vez hay más gente en Granada, y cada vez tenemos menos tierras para sembrar. –Ambos suspiraron.

–Y pronto no tendremos ninguna –soltó airado Kasim–. Con Boabdil en la Alhambra no queda mucho para eso. Necesitamos al Zagal...

No pudo seguir hablando. Omar lo agarró del brazo y lo obligó a detenerse.

–Cállate, estúpido. –Hizo un gesto rápido con la cabeza señalando la mezquita cercana. Estaban en la linde sur de la Alberzana, donde comenzaba el entramado de calles del Albaicín–. No digas esas cosas en alto.

–¿Crees que soy el único que lo piensa aquí? –Kasim habló en susurros–. Nos va a vender a todos.

–No, Kasim. Los que han sido vendidos son los malagueños. ¿Es que no te das cuenta? No tenemos nada que hacer. Estamos perdidos. Si quieres seguir teniendo una tierra y una casa, lo mejor es tener a los cristianos como amigos.

El año anterior, Málaga había sido sometida a un duro asedio. Fue tomada por la fuerza y los vencedores, resentidos, esclavizaron a toda la población.

–Tú crees que nos van a tratar bien si nos rendimos, pero te equivocas. Preferiría luchar, como hice en Moclín cuando el Zagal echó a los rumíes que venían de Alcalá. –Inflamó el pecho con orgullo.

Omar volvió a suspirar.

–Te lo he oído cien veces, amigo. Aquello no fue nada. Una batalla ganada. Pero ¿de quién es hoy Moclín? –Palmeó el hombro de Kasim para relajar la tensión–. No tiene sentido que peleemos por esto. Lleve quien lleve la razón, estamos igual de jodidos –sonrió–. Anda, vamos.

Retomaron la marcha y se adentraron en el barrio. Comenzaba a atardecer y muchos jornaleros regresaban a sus casas. Los niños todavía jugaban en las plazas y las mujeres comenzaban a asomarse a los trancos de sus puertas. Caminaron hasta la puerta del Ensanche y se dirigieron a la vivienda del Motrileño, que ya había desmontado su puesto. Le vendieron las hortalizas y se despidieron.

–La paz sea contigo –le dijo Kasim a su amigo antes de marcharse–. Alá nos proteja a todos.

Dejó la mula en el establo y se dirigió a su hogar, cerca de la aljama del Albaicín. En el pequeño zaguán, cambió sus alpargatas por otras limpias. Entró en el patio y sorprendió a su esposa mientras arreglaba las macetas de geranios.

–¿Dónde están los niños? –preguntó.

–Me has asustado, no te he oído entrar. –La mujer se puso en pie y recibió a su esposo con un beso–. Están jugando en la placeta de la acequia. Deben de estar al llegar.

Kasim cogió a la mujer por la cintura y se la acercó al pecho. Contempló sus ojos verdes y sus labios carnosos. Era joven, pero la maternidad y las responsabilidades de la casa la hacían parecer mayor. Tenía la tez clara y el pelo castaño. Su abuelo había sido cristiano, un renegado venido del norte.

–Por mí podrían tardar un poco en venir –dijo el hombre.

Aspiró su olor, intenso, pero disimulado con un toque de perfume. La deseó. Besó sus labios y la abrazó. Al instante, se oyeron unos pasos apresurados que atravesaron el zaguán en un jolgorio de risas y prisas.

–¡Papá! –escuchó la pareja.

El niño los esquivó y corrió hacia la alacena. La pequeña, que le iba a la zaga, fue directa hacia su padre. Kasim se dirigió a su esposa:

–Lo dejaremos para la noche. –Se resignó y soltó a la mujer. Luego se giró, se agachó y abrió los brazos para recibir a su hija.

*Guadix, junio de 1488*

–¡Fuera!

El grito se escuchó por toda la alcazaba. La sirvienta se estremeció y sus manos temblorosas hicieron que la leche se derramara. Zoraya acudió presurosa a su lado y la ayudó a recomponer la bandeja.

–Tranquila. Vuelve a las cocinas, y no lo intentes más hasta que yo te avise –le dijo con suavidad, con su acento castellano tan mal disimulado.

A pesar de su juventud, Zoraya tenía el porte de una señora. Empujó suavemente a la moza hacia el exterior y aguardó hasta que la vio perderse bordeando la alberca. Luego abrió la puerta y susurró:

–Soy yo.

No hubo respuesta del otro lado, lo que la animó a seguir adelante. La habitación estaba en penumbra y olía a sudor. El Zagal permanecía sentado sobre un almohadón, con la espalda apoyada en un zócalo de azulejos.

–Llevas dos días sin comer y sin salir de aquí –le dijo con voz melosa–. Debes despabilar –continuó. El hombre,

cabizbajo, seguía sin hablar-. Vera caerá. -Soltó con rotundidad y, lentamente, dio varios pasos hacia él-. Puede que caiga algún otro castillo, pero sabrás detenerlos. Tu emirato te necesita. -Se colocó ante él y lo miró fijamente con sus ojos negros y brillantes como el alquitrán. Sus gruesos labios se entreabrieron. Con gesto pausado, comenzó a levantarse la túnica, mostrando sus esbeltas piernas limpias de vello. El Zagal alzó la cabeza y la fulminó con la mirada. Ella sostuvo la túnica un instante y luego la dejó caer sin amilanarse-. Lo sé, soy la viuda de tu hermano. -Zalamera, se sentó a su lado y rodeó sus hombros con un brazo. Su mano derecha comenzó a tirar de sus ropajes oscuros-. Hay otras maneras... -sugirió.

Su mano deslizó la tela con suavidad mientras observaba las reacciones del Zagal. La entrepierna se agitó, y entonces supo que había ganado la partida. El miembro del hombre quedó al descubierto y ella aguardó varios segundos antes de agarrarlo. Contempló su cuerpo. El emir superaba ampliamente los cuarenta años, pero se conservaba esbelto y fibroso.

-Eres mejor que tu hermano, siempre lo has sido -le susurró al oído. Realmente lo creía.

El Zagal suspiró, se echó hacia atrás y abrió las piernas para dejarse hacer. Ella lo acarició con mimo mientras le seguía susurrando halagos. El hombre manchó enseguida la seda del almohadón. Zoraya se retiró de su lado y se puso en pie. Él seguía con la túnica negra remangada y las piernas abiertas en una pose ridícula. «Emires y vasallos, todos sois iguales aquí», pensó la mujer.

-Mawlana -utilizó la fórmula de respeto para dirigirse de nuevo a él-, descansa hoy, pero despierta mañana. Han llegado noticias de Almería. -Adoptó el tono serio de un secretario-. Tu cuñado Yahya negocia con los rumíes para entregarla sin lucha.

Zoraya caminó entonces hasta la puerta. Salió de la torre que servía de residencia al emir y, cuando se acercaba a la

alberca, oyó un aullido de furia. La viuda esbozó una sonrisa triunfal.

Debía asegurarle un buen futuro a su primogénito, al primer hijo que había tenido con Muley Hacén. Para ello, antes, había que proteger el emirato y poner en su trono al Zagal.

*Vera, junio de 1488*

–Vuestra alteza, ha insistido. Será rápido.

Hernando de Zafra, incómodo, permanecía en pie junto al rey. Fernando, sentado en una silla de tijera, observaba al moro en la penumbra de su tienda. El alcaide de Vera tenía la cabeza gacha y mantenía las manos unidas ante sí en actitud de súplica. Era un anciano con el cabello plateado. Sus arrugadas manos temblaban ligeramente.

–Pero no es un rey –replicó Fernando. A sus treinta y seis años, era un monarca altivo y de carácter fuerte.

–Señor nuestro, con todo mi respeto, se ha apartado de su emir para someterse a vos y va a negociar con otros alcaides para que se rindan. Nos conviene...

Fernando se puso en pie y no le dejó terminar la frase. Se acercó al alcaide y tomó brevemente sus manos, aceptando su sumisión. El viejo alzó entonces la cabeza, miró a los ojos al monarca y asintió con un atisbo de sonrisa en la boca. El secretario extendió el brazo y lo acompañó a la salida.

–El respeto al vencido da más valor al vencedor –pronunció el moro en voz queda, en perfecto romance. Sólo Zafra pudo escucharlo.

Hernando entró de nuevo en la tienda.

–Alteza nuestra. –Fernando lo miró fijamente y arrugó el entrecejo. En privado, el rey prefería que obviara los formalismos-. El alcaide va a reunirse a las afueras del campamento con los de Mojácar, Níjar y los Vélez. –Zafra hizo memoria,

pero no recordó los nombres de las otras poblaciones—. De este golpe caerá toda la zona.

—Bien, bien —comentó Fernando—. Quiero una campaña corta. Los hombres están cansados. —La campaña anterior había sido extremadamente dura. Málaga cayó al fin, pero a costa de muchos meses y demasiadas vidas.

—Algunos de estos lugares están en el acuerdo que firmamos con Boabdil. Son parte del señorío que recibirá cuando entregue Granada. —El secretario dejó la información en suspenso, a la espera de la reacción del rey. Durante la campaña de Málaga, Boabdil se había hecho con Granada. El Zagal salió de la ciudad para socorrer a Vélez-Málaga y su sobrino supo aprovechar la ocasión. Enseguida, el joven emir envió a uno de sus visires a Fernando para negociar las nuevas condiciones de su acuerdo.

—Aún queda para eso. Si todo va bien, el rey Chico recibirá su recompensa. Doy mucho valor a mi palabra y a la de mi esposa.

Hernando de Zafra asintió. Aquella guerra se había convertido en una confrontación de voluntades y sutilezas en la que un único paso en falso podía echar por tierra el trabajo diplomático de años. Pasó a otro asunto.

—Ha llegado la nao de Sevilla. Trae mantenimientos para varias semanas. —Zafra revisó sus documentos—. La *Santa María*. Juan de Ochoa ha informado de averías que él mismo ha arreglado con sus dineros.

—¿Es razonable lo que pide?

—Sí, lo habitual. Y tenemos tesorería, gracias a Dios. —«Gracias también a fray Hernando de Talavera», pensó el secretario.

—Líbrale los dineros que pide. ¿Algo más?

—Nada por ahora, alteza. Trabajo para disponer lo necesario para la entrada en Vera.

Fernando se puso en pie y se acercó a él. Lo agarró de un brazo y lo llevó fuera. Alrededor de la tienda del rey había

dispuestas varias tiendas principales, entre las que destacaba la del duque de Cádiz, al que muchos seguían refiriéndose como marqués. No muy lejos se distinguían las acémilas que llegaban de la costa con el cargamento de la nao.

–Y de Almería, ¿qué nuevas tienes?

–Van y vienen correos. Como pedisteis, envié seguros para los moros que estén dispuestos a ayudar. El alcaide tiene buenas palabras y se nos ofrece gustoso. Buen moro ese Yahya.

Fernando le palmeó la espalda para animarlo a retirarse. Luego contempló el mar de tiendas que se extendía varios cientos de pasos a su alrededor. Se oía el bullicio de los hombres que festejaban con vino la toma de Vera, también el tintineo de los metales y los relinchos de los caballos. La tierra estaba seca, pero hasta allí llegaba el aire húmedo y salobre de las playas.

–Llama al duque –le ordenó al secretario antes de perderlo de vista–. Que venga esta noche a mi tienda con los de siempre.

–Así lo haré, señor nuestro –respondió solícito Hernando de Zafra. Aquella noche habría juego y apuestas en la tienda real. «El dinero de los cristianos no debería gastarse en eso», se dijo. Fernando era un buen rey, decidido y enérgico, pero hasta el mejor de los hombres tenía flaquezas.

### *Granada, junio de 1488*

La luz se filtraba desde las altas celosías y dibujaba formas geométricas en el suelo. Los azulejos y las pinturas de las yserías reflejaban la claridad que apenas invadía el salón. Boabdil permanecía sentado en el trono. Observaba las taraceas de la jamuga y acariciaba las delicadas teselas de maderas finas, marfil y plata que revestían el armazón de nogal. Su memoria, caprichosa, se dejó seducir por las sensaciones y viajó lejos, a un día apenas recordado...

... El sonido de los pasos hizo que el niño se sobresaltara y se levantara apresurado. A su tutor le dio tiempo a verlo sentado en el trono y se acercó a él dando grandes zancadas. El pequeño se había alejado varios pasos de la jamuga. Sin pronunciar palabra, al-Muleh le propinó una sonora bofetada. El niño aguantó el golpe, pero su ojo izquierdo comenzó a llorar de forma involuntaria.

—Esa silla representa el poder de Granada —dijo el hombre con voz firme—. Sólo el emir puede sentarse en este trono. Puede que algún día tú seas emir. —Señaló la jamuga, alzada sobre una tarima cubierta por ricas alfombras—. Pero, hasta entonces, ni te acerques. —El niño agachó la cabeza y guardó silencio—. Boabdil, ¿lo has entendido?

—Sí, maestro —contestó al fin—. Lo siento.

Del exterior, amortiguado por los muros, llegaba el trajín de hombres que se acercaban.

—Venga, ve con tu madre y no salgas hasta que te avise.

—¿Vienen a por Aisha?

Al-Muleh dulcificó la expresión.

—Los embajadores meriníes vienen a tratar con tu padre la boda de tu hermana, pero faltan años para que se vaya con su esposo. Todavía es muy niña, tranquilo. —Le puso una mano en el hombro—. Vamos, es tarde. Cuando acabe aquí, iré a verte y leeremos poesía.

Boabdil salió al patio de la gran alberca y, corriendo junto a los arrayanes, buscó la entrada de la residencia de su madre...

—La paz sea contigo.

La voz retumbó en el salón e hizo que el emir abandonara su ensoñación. Frente a él vio la silueta de al-Muleh recortada por la luz de la entrada. Su visir caminó a paso lento hacia él. Era el mismo hombre de su recuerdo, pero los años habían humillado su espalda y lo habían vuelto más melancólico. Él también había cambiado. Ya no era el niño que correteaba por los palacios. Ahora tenía cerca de treinta años. Era emir de Granada y había tenido tiempo para vivir guerras, conspiraciones, exilios e incluso un penoso cautiverio bajo el poder de los rumíes.

–¿Vas a darme una bofetada? –le preguntó Boabdil con sorna.

Al-Muleh se detuvo, desconcertado, hasta que aquel mismo recuerdo visitó su memoria.

–Muchas te di, no sólo una. Pero todas con el permiso de tu madre, Alá la proteja.

Ambos sonrieron.

–Hay mucho de lo que hablar –comentó el emir–. Los cristianos atacan a mi tío, pero roban lo que es mío. Esas tierras están en el acuerdo.

–Tal vez las toman prestadas, mawlana. Lo primero ahora es derrotar al Zagal. Él tiene bajo su poder las tierras que los rumíes te reconocen.

–¿Y por qué se las quedan ahora? ¿Por qué no me las entregan ya?

«Porque serías más fuerte», pensó al-Muleh, que comprendía la estrategia de Isabel y Fernando.

–Porque las necesitan para derrotar a tu tío, sidi. Y tú necesitas que ellos lo derroten. Es nuestro rival común.

Boabdil meditó sobre la respuesta. Hacía tratos con los reyes cristianos desde 1483, cuando cayó preso cerca de Lucena. Cayó como emir, pero fue liberado como aspirante al trono. Mucho había pasado desde entonces. Enfrentado a su padre, Boabdil se proclamó emir en Guadix. Muerto su padre, su tío, el Zagal, lo sucedió en la Alhambra. La guerra civil entre tío y sobrino fue cruenta y tiñó de sangre las calles de Granada. Boabdil consiguió usurpar el trono al Zagal, pero éste se había hecho fuerte y dominaba un extenso territorio que rodeaba la capital.

Los cristianos liberaron a Boabdil y le mandaron hombres y armas. Pero el precio a pagar por esta ayuda fue alto. Tuvo que comprometerse a entregar el emirato cuando lo dominara por completo.

–No me gusta esa manera de proceder –sentenció al fin–. Pero ¿acaso tenemos otro camino? –Al-Muleh asintió lentamente, dándole la razón.

–El Zagal caerá, y luego mirarán hacia la capital –opinó–. Hemos obrado bien, mawlana. Si no negociamos, ocurrirá lo que en Málaga.

Los ecos del desastre todavía resonaban en los muros de la Alhambra.

–No todos lo entienden así. Lo sabes.

–Granada siempre ha tenido dos bandos, o incluso tres, sidi. Si te hubieras rebelado, la otra mitad se alzaría para pedirte que negociaras.

Boabdil sonrió. Al-Muleh tenía razón.

–No contemplo la rebelión, pero ante el pueblo conviene guardar otra apariencia. Los faquíes me han llamado traidor a la fe. –Apretó la boca, como si aquellas palabras le escocieran–. Cuando yo todo lo hago por mi fe y por mi pueblo.

–Tranquilo, mawlana. Lo acabarán entendiendo. Todavía ven caminos por los que huir de este destino, pero cada día que pasa los rumíes nos encierran más.

El joven emir se puso en pie para dar por terminado el encuentro.

–Entonces, al-Muleh, para hacerles entender, ¿hay que dejarlos sufrir?

El visir no supo dar respuesta. Boabdil salió del salón. Al-Muleh dirigió la vista hacia el alfiz del arco que había sobre el trono. «Ayúdame, Dios, apedreador del demonio...», comenzó a leer la inscripción. Luego alzó la mirada hacia el artesonado que representaba los siete cielos. Localizó su centro, el trono de Alá, y entonó una breve plegaria antes de encaminarse hacia la Secretaría:

–Ayúdalo, Dios. Ayúdanos a todos en este amargo trance...

\* \* \*

Boabdil accedió al patio de su palacio y el sonido del agua lo relajó. Delante de la fuente se despojó del turbante y se peinó con las manos. Contempló la gran taza de mármol blanco,

rebotante de agua que nunca desbordaba, y los doce surtidores con forma de león.

«Esta taza me representa a mí dando agua al pueblo, protegido por mis guerreros». Recordó las palabras de su padre y su tono revestido de orgullo. Por aquellos años, Muley Hacén era un emir fuerte que no dudaba en ponerse al frente de sus milicias para algarrear tierras cristianas. Aquello fue antes de que la enfermedad lo consumiera, antes de conocer a Zoraya, la esclava que lo apartó de su primera esposa y de sus hijos.

–Todo es efímero –se dijo Boabdil, melancólico.

Sacudió la cabeza y caminó por las galerías en busca de la sala de la Miel, la que daba al norte. El patio del Riyad estaba partido en cuatro jardines por sendos canales que representaban los cuatro ríos del Paraíso. Cada sala principal del palacio llevaba el nombre de uno de estos ríos: miel, leche, vino y agua. Un eunuco hacía guardia a la entrada de la sala del Vino.

Boabdil se adentró en la sala de la Miel. Al fondo, en el mirador, vio a su esposa. Se acercó y constató que estaba con su esclava favorita, que cepillaba sus largos cabellos negros. Se recreó en la imagen. Moraima había perdido peso, pero su cuerpo seguía siendo voluptuoso. Tenía veinte años, estaba en la plenitud de la juventud, aunque un halo de tristeza se había posado en sus facciones y en su ánimo.

–Los rumíes le han quitado a mi tío Vera y otros castillos. –La mujer, sentada en una jamuga, ni siquiera se volvió para saludar a su esposo–. Pronto caerá y sólo estaré yo. –De nuevo, el silencio como respuesta–. Ya sabes lo que eso significa. Paciencia, mujer. –Boabdil se retiró, cansado de su indiferencia.

Dos lágrimas cayeron de los ojos de Moraima, resbalaron por sus mejillas y se unieron en la barbilla para caer juntas en su regazo.

–Cinco años tiene mi niño –dijo la esposa del emir cuando se quedó a solas con su esclava–. Cuatro años llevo sin verlo. –La voz se le quebró.

Nawar, la esclava sudanesa, posó las manos sobre sus hombros. Luego la besó con ternura en la cabeza. La joven había sido un regalo del emir de Fez a Boabdil, y éste la había asignado al cuidado de su esposa.

–Hablar sana, señora. Deberías hablar con tu marido.

Moraima se volvió hacia ella y le sostuvo la mirada con sus grandes ojos negros. Ambas tenían la misma edad y se hablaban con confianza.

–¿Qué padre pide ser liberado a cambio de su hijo? –Sus ojos volvieron a humedecerse al recordar el destino de Ahmed, ofrecido como rehén dentro de los pactos para la liberación de Boabdil–. No hay nada que arreglar; poco nos une ya.

Moraima se giró de nuevo y contempló los jardines y las huertas que se extendían bajo el palacio, en la ladera norte de la colina de la Sabika. Más allá, al otro lado del río Darro, se alzaba el complejo entramado de casas y murallas de la alcazaba Cadima, el barrio de Axaris y el arrabal del Albaicín. Lejos, al noroeste, imaginaba la fortaleza de Moclín, donde su hijo crecía sin ella. «¿Le llegarán mis suspiros?», se preguntó.

*Baza, finales de junio de 1488*

–Desconfías de mí sin motivo.

–Cuñado, si quieres mi confianza, gánatela.

El Zagal miraba a Yahya fijamente, esperando su respuesta. Ambos permanecían de pie con la cabeza alta. Yahya al Nayar acababa de llegar de Almería. Los rumores sobre sus pactos con los cristianos sonaban con fuerza, y el emir lo había relegado del cargo y lo había llamado a su lado.

–Había tratos, pero no era yo quien los hacía. Cuando mandaste a tus hombres ordené una investigación. Ellos fueron testigos de todo. Mi nombre no figura en ningún sitio. –Abrió los brazos, como si le ofreciera el pecho–. Destapamos una conspiración, con la ayuda del Altísimo. Pretendían

entregarnos a los rumíes. Había cinco hombres al frente. Sus cabezas cuelgan de las murallas del alcázar, a la vista de todos.

El Zagal estudiaba su discurso y sus gestos. Seguía sin fiarse de él. Lo conocía lo suficiente como para saberlo dispuesto a vender Almería a los rumíes. Sin embargo, no había ni una sola prueba contra él. El emir había reforzado la plaza y la había dotado de un nuevo gobierno de su confianza.

—Pronto tendrás la oportunidad de despejar las dudas —le dijo a su cuñado—. En Baza. Por eso estamos aquí.

Los últimos espías habían informado de que los cristianos no iban a quedarse en Almería. Pretendían salir de la costa para atacar Baza.

Yahya comprendió. Extendió el brazo con la palma de la mano abierta hacia arriba, un saludo militar con el que ambos se sentían identificados. El Zagal respondió agarrando su brazo con fuerza.

—Los leones del emir devorarán a su presa —dijo Yahya, súbitamente contento. No había otro como él en el campo de batalla.

\* \* \*

Atravesando el cercado del arrabal de la Vega, cientos de guerreros salieron de Baza y comenzaron a reunirse en las huertas. Decenas de jinetes galoparon con sus lanzas y azagayas en alto, buscando a los taladores para acabar con ellos. Las escuadras cristianas tardaron en reaccionar y muchos infelices entregaron la vida sobre los surcos de tierra húmeda.

—Dios los asista —pronunció Fernando II de Aragón.

Desde la retaguardia, el rey y el duque de Cádiz observaban el desarrollo de las talas. El duque reaccionó de inmediato y movilizó a los capitanes para organizar una respuesta al ataque. La caballería castellana se adelantó y espantó a los jinetes moros. Los peones de Baza formaron un muro eriza-

do de lanzas para recibir a los caballeros. Enseguida la formación fue desbaratada y los moros se replegaron hacia el arrabal. Su cerca era débil y los castellanos valoraron la posibilidad de tomar al asalto el barrio y hacerse fuertes allí.

–¡Santiago! –fue el grito de guerra de los líderes para animar a sus hombres, que no tardaron en acercarse al muro.

–*Allahu Akbar!* –se oyó del otro lado, y cientos de espingarderos y ballesteros asomaron sus cabezas.

Los silbidos de las saetas y el estruendo de los disparos alteraron a los caballos, que relincharon y se encabritaron. Pronto el ambiente se saturó con el olor de la pólvora. Decenas de guerreros cayeron atravesados por los proyectiles. En el desconcierto de la matanza, los cristianos comenzaron a correr para salvar sus vidas.

Cuando la retirada se generalizó, los moros volvieron a salir del arrabal y persiguieron a los que huían.

–Llevamos siglos peleando con los moros y seguimos cayendo en sus tornafuyes. –Fernando, montado en su caballo, negó con la cabeza.

–Estos moros de Baza tienen fama de buenos guerreros –comentó el duque.

–Baza es fuerte. –El rey observó las murallas de la medina y del alcázar. No llevaba artillería pesada para acometer su asedio.

–¿Retirada, alteza?

Fernando asintió.

–Ya va siendo hora de volver a Murcia con mi señora esposa.

El noble repartió órdenes y, cuando el grueso del ejército frenó a los moros y los hizo retroceder, dispuso el desmantelamiento del real y la marcha inmediata.

El Zagal entró en la ciudad luciendo su mejor brigantina sobre ricos ropajes de seda verde. No había luchado, pero regresaba triunfante de la defensa de Baza. El emir recorrió a caballo las calles de la medina, dejándose agasajar por su pueblo.

–¡Mawlana al-Zagal!

–¡El Compasivo te ponga en la Alhambra!

Los vecinos de Guadix explotaban en alabanzas.

El emir accedió a la alcazaba y se dirigió al pabellón de su harén.

–¡Los hemos echado! –anunció pletórico después de empujar la puerta.

Su esposa, sentada junto a su única hija, le dirigió una mirada indiferente. Zoraya, sin embargo, festejó la noticia con palmadas de alegría. Sus dos hijos jugaban con un pequeño ejército de soldados tallados en madera.

El Zagal se acercó a la viuda de su hermano y la cogió del brazo.

–Acompáñame, tengo algo que mostrarte.

El emir condujo a la mujer hasta el interior de su torre. La abrazó con fuerza, sin aliento, y ella se dejó acariciar las nalgas.

–Sabes quién soy... –pronunció ella mirándolo con sus profundos ojos negros.

Él la cogió por los hombros y la hizo girarse, le levantó la túnica de lino e hizo caer al suelo su ropa interior. Contempló sus piernas de piel perfecta y la penetró desde atrás. Ya no hubo sitio para la culpa ni para el recato.

Ella gimió simulando excitación. Antes que esposa, cuando apenas era una niña, había sido esclava. Había aprendido a complacer a los hombres y a jugar con ellos usando con habilidad sus encantos. Antaño fue cristiana, pero se convirtió al islam. Consiguió ser la favorita del emir de Granada y allí seguía, en el harén de otro emir.

Cuando el Zagal se desahogó, llamó a su copera para que les sirviera vino.

–Ahora que el león se ha serenado, podrá contarme lo que ha pasado –reclamó Zoraya.

–Tenías razón. Yahya no es de fiar –reconoció el Zagal–. No he podido demostrar nada, pero sé que está detrás de los pactos de Almería. –Bebió de su copa y se relamió. Se sentía satisfecho–. Sin embargo, en Baza me ha sido muy útil. Es un buen estratega y sabe ganar batallas. Él lo preparó todo, y funcionó. Necesito hombres así. –Apoyó los codos sobre las rodillas y se echó hacia delante, como si fuera a hacer una confidencia–. Como cualquier perro guardián, bien atado y alimentado será útil para defender mi casa.

Zoraya sonrió y alzó su copa para brindar por su astucia. Se recostó sobre su almohadón y emitió una leve queja. Su entrepierna estaba dolorida, pero no quiso manifestarlo. Asumió el dolor como pago por la protección del emir.

*Murcia, julio de 1488*

–¿Algo más, mi señora?

El confesor permanecía sentado. Se despegaba el escapulario con disimulo para refrescarse el pecho. A su lado, de rodillas, la reina Isabel removía su conciencia y buscaba las palabras adecuadas.

La monarca castellana aún no había cumplido los cuarenta. Su cuerpo había perdido lozanía, pero, después de cinco hijos y algún aborto, seguía siendo una mujer hermosa. Sus ojos claros parecían inexpresivos, pero analizaban cada detalle con aguda inteligencia.

–Creo pecar de soberbia. –Fray Hernando giró la cabeza bruscamente hacia ella–. Veo a mis damas, a otras mujeres, y todas se someten sumisas a sus hombres... –Apretó con fuerza su inseparable libro de horas.

–Alteza –la interrumpió el confesor–, sois reina de Castilla además de mujer. Vuestro papel como soberana... –se detuvo un instante– es tan importante como el de esposa. Os debéis a vuestro pueblo y obráis bien cuando lo defendéis, aunque sea enfrentándoos a vuestro esposo –se atrevió a soltar al fin.

–Pero de una esposa se espera...

–Si me casara, de mi esposa esperaría sumisión. –Sonrió para que juzgara adecuadamente sus palabras–. Pero de mi reina espero que sepa defenderme, y que saque los dientes cuando sea necesario. –El tono de fray Hernando era sereno, pero sus palabras impactaban con contundencia en la conciencia de Isabel. Por eso lo había elegido como confesor y como consejero–. También espero de ella que cumpla su misión divina con todos los medios que tenga a su alcance.

Isabel pareció relajarse.

–A veces pienso que soy demasiado dura con mi esposo. Él tiene un reino que atender y lo obligo a dejarlo desatendido. Francia ocupando el Rosellón y la Cerdeña, los nobles en rebeldía y los turcos amenazando a Sicilia...

Fray Hernando se frotó la frente. No era fácil opinar sobre aquellas cuestiones.

–Vuestra alteza no lo obliga a desatender su reino. Le habéis ofrecido toda la ayuda de Castilla para resolver los problemas de Aragón, pero antes tenéis que resolver los vuestros. Fernando comanda las tropas castellanas contra los moros de Granada, y algún día las comandará para defender Aragón. No hay nada malo en ello. –Miró a la reina a los ojos y reconoció a la mujer que nadie sabía ver en ella, la que sólo se mostraba en la intimidad de sus confesiones–. Sois devota, una buena católica, y vuestra labor en Granada es positiva para toda la cristiandad. Vuestro esposo está al llegar. Pronto sabrá de las últimas tensiones con el rey Carlos de Francia. Querrá responder. Es lógico, y debe hacerlo, siempre que no afecte a vuestra misión –sentenció categórico–. Recordad que él también es rey de Castilla.